

sar de sus fórmulas incompletas, á pesar de ciertos errores inevitables en un método que nació ayer mismo. En lo que estoy completamente del lado de Sainte-Beuve, es en esto que añade: «Si se pretende que un día puedan ser clasificados los talentos por familias y considerados bajo ciertos nombres genéricos que respondan ciertamente á sus cualidades personales, es preciso antes, para conseguir este fin, observar con paciencia y sin espíritu de sistema; y reconocido el conjunto, estudiar uno á uno, ejemplar por ejemplar, comparando y descubriendo.» Sin duda alguna, hacen falta documentos; pero para que sea fácil la adquisición de documentos abundantes, precisa un método antes para encontrarlos. Nada progresa en las ciencias si no se apoya en algunas verdades fundamentales. A pesar de lo dicho, es forzoso emplear esas fórmulas de M. Taine, que, después de todo, son el resultado de las experiencias críticas hechas por el mis-

mo Sainte-Beuve. La crítica científica ha tenido dos períodos: comienza á balbucir con Sainte-Beuve, se hace instructiva al principio y luego se afirma con las fórmulas absolutas de M. Taine; cosa que sucede en la primera etapa, siempre sistemática, de los innovadores. A nosotros nos conviene, entre tanto, aprovechar lo bueno del sistema, procurando mejorarlo, completándolo, haciéndolo verdaderamente útil para la conquista universal del siglo.

Hay un pasaje, en su estudio sobre M. Taine, donde Sainte-Beuve se espontanea una vez más. Refiérese á la facultad generatriz. «Esforzámonos en comprender esa palabra interior que cada cual lleva grabada en el fondo del corazón. Pero antes de articularla, qué de precauciones, qué de escrúpulos. Cuanto á mí, después que reuno y clasifico todas las circunstancias de raza, de familia, de educación y desarrollo; aun después de haber sorprendido al

individuo en sus momentos decisivos y en sus crisis de información intelectuales, siguiéndoles en todas sus variaciones hasta el fin de su carrera, leyendo, analizando todas sus obras... ni aun después de todo eso me atrevo á escribir esa palabra final; no la diré jamás, y sólo dejo adivinarla». Ciertó; jamás ha dicho esa palabra: todo lo más que hizo es hacerla comprender. De esto, lo vago é indeterminado de sus juicios siempre. En el entretanto nadie puede saber si ama ó detesta lo que enjuicia. Sainte-Beuve, sea por exceso de prudencia ante los fallos de la verdad, sea porque le agrade esa indeterminación que tanto le cautiva, lo cierto es que se aleja siempre de la rectitud y de la veracidad. Conozco muy pocos juicios suyos que sean absolutamente definitivos y que se impongan por la sencillez de la exposición, por la altura del punto de mira, y sobre todo, por la solidez de la afirmación.

He aquí cómo termina Sainte-Beuve

este artículo sobre M. Taine: «Ha de procurarse que el sabio no domine al literato. Ese es un consejo que debe propagarse en un país donde, más pronto ó más tarde, los hombres de talento, si ellos quieren producir los efectos naturales en sus obras, deben, ante todo, poner su empeño en agradar.» Sempiternamente reproduce la pluma de Sainte-Beuve ese su eterno deseo de agradar. Es un *Credo*, el eterno grito del *femíneo*, consumido siempre por el deseo de la gracia. Juzga por el momento bueno el procedimiento de conmover á la villanía humana, sin perjuicio de que siga ejercitando sus maldades y perversiones; él opta por el sistema de la mujer que muerde mostrando sus lindos dientes en encantadora sonrisa. Respecto á M. Taine, lo que le seduce es, ante todo, el escritor. Pero se enfurece contra el analista pacienzudo, contra el hombre de voluntad y de vigor; y al fin de su estudio, por puro cumplimiento, por toda

admiración, sólo encuentra estas palabras que decirle: «Sea amable».

He aquí, pues, exactamente representadas las dos grandes figuras de la crítica moderna. M. Taine continúa y sistematiza á Sainte-Beuve. Indudablemente, este es un gran paso en la crítica científica. Al presente, no queda más que seguir adelante por este camino, agrupando, agrupando documentos y perfeccionando el método.

III

Tratemos de ver á Sainte-Beuve en la obra.

Acabo de releer un gran número de sus artículos, y lo que más me ha admirado en ellos es el esfuerzo evidente que el eminente crítico hizo en pro de la verdad. No se le puede negar á

Sainte-Beuve el deseo ardentísimo que le animaba de ser justo, de haber combinado perfectamente sus documentos para expresar con exactitud su idea sobre eso que investiga. Esto es precisamente, y, como ya creo haberlo dicho, lo que realmente le caracteriza. Comprender y penetrar el sujeto á través de la flexibilidad de su inteligencia para dar su idea lo más aproximadamente posible, una idea indecisa, fluctuante, juguetona, equidistante de todo extremo. He aquí el espíritu de Sainte-Beuve. Cuantas veces se ha visto combatido por un temperamento fuerte y poderoso, ha pretendido condenarlo á nombre de la verdad: la verdad para Sainte-Beuve está siempre en razón directa del medio. El juzga la vida complejísima, indeterminada, un tanto plácida en su término medio, y dado este criterio, juzga justo execrar á los que no tienen su naturaleza flexible y galante que le lleva á llenarse de terror al primer paso rudo y violen-

to ante toda exageración. Pero he aquí que su deseo de justicia, su flexibilidad de inteligencia y su amor por el equilibrio, le han llevado á negar el mérito de los más grandes hombres de su tiempo.

Conviene que yo exponga aquí, para precaver todo escrúpulo, que jamás traté personalmente á Sainte Beuve. Sólo me escribió una carta en 1868, que ha aparecido en su correspondencia. Le había enviado yo una de mis primeras novelas, *Teresa Raquin*, y él me contestó, por medio de un artículo crítico, en el cual hallé, desde luego, su deseo, su eterno afán de verdad, basada en el justo medio á que antes me referí. Nada más sensato que ese artículo. Vaya un ejemplo. Se dice, refiriéndose á mi descripción del Puente Nuevo: «Eso no es verdad; esa descripción es fantástica, es como la descripción de la calle Soli, de Balzac. El cuadro es trivial, incoloro, feo sobre toda ponderación; no tiene toda

esa negrura pavorosa y esos tintes á lo Rembrandt que V. le ha prestado; es una pintura infiel.» Tenía razón; pero es forzoso admitir que los lugares descritos tienen la tristeza ó alegría que nosotros les damos. Sucede en esto lo mismo que con la emoción que nos produce la casa donde acaba de cometerse un asesinato, que la noche hace espantosa. Su crítica no persiste menos. Es muy cierto que en *Teresa Raquin* las cosas pasan durante un momento de pesadilla, y que la verdad, por tanto, se oculta entre un cúmulo de horrores. Al hacer yo mismo esta declaración pretendo demostrar que me coloco perfectamente en el punto de vista de la verdad equidistante donde se encuentra Sainte-Beuve. Le concedo igualmente razón cuando más adelante muestra su extrañeza porque Teresa y Laureano no satisfacen inmediatamente su pasión después de la muerte de Camilo, aunque podía argüirse sobre el caso. Pero

la marcha ordinaria de las cosas determinan que caiga el uno en los brazos del otro, en el momento que lo hacen, ante la fiebre del remordimiento. Véase, pues, cómo yo respeto, aun en contra de mis obras, á la lógica y á la verdad, y no procuro defenderme personalmente contra las críticas que me parecen justas. Sí, cierto; es pecaminoso abandonar el terreno sólido de lo real para lanzarse en las exageraciones del dibujo y del color. Pero también en crítica hay un escollo más insuperable ahora, y es el no hacer el balance de las cualidades y defectos, el de no asombrarse ante los errores del temperamento ó de los procedimientos de escuela, de la pujanza formidable de los escritores, que deben un día determinar una evolución en la literatura nacional.

Tal ha sido la falta irreparable de Sainte-Beuve ante la gran figura de Balzac.

Sainte-Beuve ha sido, efectivamente,

una de las inteligencias más vivas de su tiempo, que ha derramado mucha luz sobre varios asuntos; hombre que amó, por naturaleza, la verdad y la justicia, pero su ceguera y pasión contra Balzac, hacen poner en duda tan bellas cualidades. ¿Qué decir, en efecto, de un hombre que puso todo su empeño en hacer pasar los escritos más medianos, que ha puesto á contribución toda su habilidad y delicadeza para hacer valer las obras de los espíritus inferiores, y que olvidó, sobre este punto, al hombre cuyo impulso fué decisivo en la novela? Yo bien sé que en el fondo de esta hostilidad se trataba de una guerra de hombre á hombre: en Sainte-Beuve había aún más; había, sobre todo, una cuestión de temperamento, pues le veremos igualmente irritarse contra los continuadores de Balzac. Y es que, indudablemente, carecía el eminente crítico de un sentido: á pesar de su esfuerzo de voluntad que le lleva á admitir la co-

riente que se inicia en la literatura, como no puede hacer sobre la materia más que declaraciones esencialmente platónicas, en cuanto se halla ante un ejemplo y se dispone á juzgar á uno de los novadores, se amedrenta ante las exageraciones fatales, y demanda, con destreza, un poco de gracia (1).

Ya sabemos lo que Sainte-Beuve reprocha en Balzac. Le encuentra de pésimo gusto, enfático, oscuro y exagerado sobre todo. Le acusa, igualmente, de decir las cosas sin agrado y sencillez, de salirse siempre del término medio de las cosas. En una palabra: Balzac le molesta por su aire petulante, impropio de un espíritu verdaderamente elevado; por su risa sarcástica... tal vez por su persona más que por sus obras. La utopía debía ser al fin completa entre estos dos hom-

(1) Ya habrá comprendido el lector que esta palabra á que alude varias veces, no se refiere á *perdón*, sino á lo gracioso, deleitable en arte.

bres, de los cuales el uno es un fémíneo jugueteando con la crítica como la arisca gatita con la pelota; y el otro, un Hércules abriéndose camino á puñetazo limpio. Nada más característico que esta aberración de la inteligencia de Sainte-Beuve. No tan sólo deja de ver en Balzac un gran maestro, si que también y hasta el fin de su vida negóse á reconocer la influencia triunfante del gran novelista sobre toda su época. Aun admitiendo que á Sainte-Beuve le fuera imposible dejar pasar los defectos como opuestos fatalmente á las cualidades, su espíritu era harto luminoso para no poder dejar á un lado los defectos, reconociendo en Balzac, después de todo, el creador de un mundo, el innovador que lanza al siglo en una nueva evolución literaria, aplicando á la novela el método científico. Condenar á Balzac, en nombre del gusto, es transportarnos de un golpe á las épocas de Boileau y de La Harpe. Si frecuenta el pasado, si la admiración por

un escritor del último siglo y por sus literatos, ha de darnos por único resultado la condenación de nuestro espíritu contemporáneo y de nuestros grandes hombres, por tanto, como en este caso sucedió á Sainte-Beuve, me atrevería yo á aconsejar á los criticos futuros erudición menos extensa, á fin de evitar esos retrocesos inútiles, y, sobre todo, esos juicios tan injustos que jamás pueden ser el nuestro.

Fácil me sería multiplicar las pruebas y citar páginas, donde Sainte-Beuve juzga á Balzac con más animosidad que justicia: pero bastarán, á nuestro fin, dos ejemplos. Copio de un artículo publicado en 1838, en donde se leen cosas como éstas: «Nada diremos de la casa Hucinger, pues á causa de una especie de *argot* que usan los personajes, nos ha sido imposible entender nada. Los actores que toman parte en la acción de esta novela, son los mismos que han figurado ya en la mayor parte de las novelas de M. Bal-

zac.» Y luego: «La serie de *Estudios de costumbres* de M. Balzac parécese á la inextricable red de galerías subterráneas de ciertas minas ó hecatombes. Consigue uno perderse sin dar con la salida, no encontrando á su paso sino la monotonía por todas partes.» ¡Monotonía en las obras de Balzac...! El artículo donde esto escribe es de los más antiguos, y pudiera creerse que después de las obras maestras del gran novelista, Sainte-Beuve ha abierto por fin los ojos. Nada de eso. Véase la página estupenda que escribe en 1863, en un artículo sobre Gavarny, doce años después de la muerte de Balzac. Copio la página con toda extensión para que pueda apreciarse el hecho de la injusticia de Sainte-Beuve, consciente ó inconsciente: «Queda plenamente demostrado — dice — que de esta comparación inevitable entre Balzac y Gavarny, desempeña éste último un papel más sobresaliente é incontestable. Balzac, á quien yo no pretendo quitar su mé-

rito sobre el estudio de los artículos del día, y de ciertas costumbres más particularmente, en la práctica de las cuales es experto y aun puede concedérsele el título de maestro si se quiere; Balzac, como digo, carece de gusto en todos los momentos, se embriaga con el propio vino que derrama, el vaho se le sube á la cabeza, y su cerebro, saturado de él, se convierte en cómplice y compadre de todo eso que nos relata y pinta, no poseyéndose nunca. Esto es un gran paso, ya lo sé, para el que quiere pasar por un hombre de genio entre el vulgo, falto absolutamente del buen sentido de la práctica de la vida ó de la manera de conducirse el verdadero talento. Balzac tuvo esta ventaja. Gavarny, en cambio, se posee siempre; tiene en su manera de pintar las cosas esa facilidad desenvuelta que poseía el primer discípulo de Balzac (me refiero á Carlos de Bernard), que pudo ser superior á su maestro, si un discípulo pudiera serlo,

y sobre todo, si hubiera vivido. Gavarny posee esa misma elegancia de Bernard en la pintura, doble fantasía y su inagotable fecundidad.» ¡Pero señor... si precisamente por esa elegancia, por esa misma inagotable fecundidad, es por lo que hoy Gavarny resulta un pigmeo al lado de Balzac! El paralelo no puede sostenerse ni un momento. Balzac tuvo la soberanía... la soberanía, entiéndase bien; esa fuerza creadora sin la cual no es posible el genio. Dejo aparte las perfidias del pasaje; pero yo pregunto de toda buena fe á Sainte-Beuve: pretender colocar á Gavarny al lado de Balzac, ¿no es demostrar plenamente que existe un desconocimiento absoluto de nuestra literatura moderna y que valdría más á Sainte-Beuve haberse encerrado en su biblioteca para vivir sólo en los siglos nuestros?

Vuelvo á insistir sobre esa idea deslumbrante de Sainte-Beuve, que supone pudo ser Carlos de Bernard superior

á su maestro, y al efecto copio estas líneas que encuentro en un artículo suyo publicado en 15 de Octubre de 1838, viviendo aún Balzac y Carlos de Bernard. «M. de Bernard podía ser, si él quisiera, el Americo Vespucci de esa tierra donde M. de Balzac es el Cristóbal Colón.» Y el crítico parte de aquí para conceder á Bernard toda suerte de bellas cualidades que rehusa á Balzac. ¿Eh? ¿Qué tal? Este es caso que yo delato á todos los críticos de espíritu severo. El empeño de colocar al discípulo junto al maestro no es sino con el fin de hacer á éste último más olvidable. Sainte-Beuve cae en esto, como en todo, en ese afán del término medio que es la nota característica de la crítica corriente, de esa crítica que llena los diarios. Ya he consignado diferentes veces, que considero á Sainte-Beuve una de las inteligencias más claras de este siglo. Pero venir en 1863 y resucitar la figura literaria de Carlos de Bernard, perfectamente olvidada y con

razón, para oponerla á la de Balzac, rebajando á éste en todo género de restricciones, es la prueba más fehaciente de que en la inteligencia del eminente crítico, debió existir una sima profundísima en donde se precipitaban sus facultades de comprensión severas y enérgicas, que le impedían reconocer el nuevo espíritu literario del siglo, á cuyo nacimiento ha contribuido en no pequeña parte.

Ahora voy á ocuparme de Stendhal.

En 1854, después de la muerte de este escritor y cuando se publicaron sus obras completas, Sainte-Beuve publica dos artículos llamándole «escritor distinguido.» Pero añade: «He aquí que toda una generación nueva se dedica á investigar sus obras, estudiándolas en todos sentidos, como si se tratara de uno de los autores antiguos, un clásico, produciéndose en su nombre un renacimiento. Quieren hacérsenos pasar por un prodigio.» Esta frase de Sainte-Beuve, antójase nos bastante chusca. Más

asombroso es él seguramente. Y qué elocuente es esa exclamación suya: «como si fuera uno de los antiguos, un clásico», en cuya exclamación parece manifestarse el crítico estupefacto y escandalizado. Más adelante tilda á Stendhal de «húsar romántico»; confieso que no sé lo que quiso decir con esto; á pesar de lo dicho por Sainte-Beuve, nuestra idea sobre Stendhal es otra. No he de entrar en el análisis que él ha hecho del talento de Stendhal, más que para probar que éste tenía más sano corazón y amaba más la gracia de lo que se ha creído. Me bastará anotar esta citación: «Novelista; Bey-le ha obtenido un gran triunfo», y añadir este juicio sobre *Rojo y Negro* y sobre *La Cartuja de Parma* (1). «Cuando se ha leído esto, piensa uno naturalmente en esas composiciones romancescas del genio francés, ó al menos

(1) Muy pronto verán la luz ambas obras en la *Colección de Libros escogidos*.

que se le parece, en las cuales se exige una parte de verdad y otra de emoción saludable y á la par que una sencillez verdadera, tal como nos la ofrece la historia de *Los Novios*, de Manzoni, las buenas novelas de Walter Scott ó una adorable, breve y sencilla novela de Xavier de Maistre.» ¡He aquí á Xavier de Maistre superior á Standhal! Jamás se ha reprochado con más sutileza en una novela el estudio del hombre en todo su rigor científico. Sainte-Beuve pide que le canten *Al clarear de la luna*. Pero señor... eso podía pasar muy bien como un gusto, más ó menos caprichoso, pero no como una crítica.

Adviértase que este artículo sobre Stendhal, á pesar de ciertas severidades, es, sobre toda ponderación, amigable. Sainte-Beuve no vierte aquí el negro rencor que muestra en todas por Balzac. La última palabra de Sainte-Beuve acerca de Stendhal la dijo en un artículo consagrado á M. Taine. Sabido

es ya que M. Taine ha sido uno de los obreros más laboriosos y activos de ese renacimiento producido á la sombra de Stendhal, del cual nos habla Sainte-Beuve. En esta ocasión, este último no ha podido contenerse: « Otra vez—dice—y á propósito de Tito Livio, nombra M. Taine á Stendhal, sobre todo en su libro de *Los Filósofos*, calificándole con palabras del más subido elogio y llamándole « gran novelista, el más grande psicólogo de su siglo. » Dejando á un lado lo de poder exigir á M. Taine más severidad en los juicios acerca de los contemporáneos, diré que, habiendo conocido á Stendhal, gustado sus obras y leídas de nuevo, muy recientemente, sus novelas (novelas siempre incompletas, á pesar de tener algunas partes lindísimas), me es de todo punto imposible aceptar como justa esa admiración que manifiesta por ese espíritu sagaz, fino, punzante y excitador; pero descosido, afectado y desnudo de invención. » Por fin, he aquí la

suprema palabra: las novelas de Stendhal son detestables. Y qué actitud más graciosamente cómica resulta cuando Sainte-Beuve dice: « Yo le he conocido, le he gustado, y, sin embargo, me le queréis hacer pasar por un gran hombre. » Esto se parece á lo que dijo aquella vendedora de frutas que Hoche sorprendió retozando en su tienda: « Un general... No es posible. Como que le doy yo mis manzanas. » La misma querella de siempre. Sainte-Beuve se hace de la novela la misma idea que todos se hacían al final del siglo pasado, y no comprende nada de la fórmula que Balzac y Stendhal le han legado. Exige gusto é invención donde los otros ponen en juego el severo análisis y la psicología. Sainte-Beuve es toda una época juzgando la nuestra con la potestad de los primogénitos que prohíben á los segundones emprender su ruta por nuevo camino. De aquí su obstinación, lógica con su naturaleza misma, cada vez que un novelista de

la nueva escuela cae bajo la pluma de Sainte-Beuve.

Esta misma causa es la que produce más tarde su hostilidad hacia Gustavo Flaubert y los hermanos Goncourt; y eso que, con respecto á estos últimos, hay que tener entendido que vivió Sainte-Beuve en la más estrecha amistad con ellos; lo que le hace atemperar un tanto sus censuras. Con efecto: respecto á los hermanos Goncourt, se presenta más amable, pero en el fondo le encontraremos siempre con su pavor y su inquina. Sainte-Beuve estudiando á *Madama Bovary*, reprocha á Flaubert sus amantes «sin delicadeza», y le dice que Bernardino de Saint-Pierre y Jorge Sand han sabido embellecer la naturaleza que vivieron, mientras que él describe su Normandía tal cual ella es. Más adelante se lamenta de no haber hallado en dicha novela un héroe. «Quizá el autor se haya propuesto serlo él mismo», añade. Le acusa igualmente de haber hecho «de una imagi-

nación vulgar, una interesante figura.» Y, por último, al final del artículo exclama: «Hijo y hermano de médicos distinguidos, Gustavo Flaubert maneja la pluma como los otros el escalpelo. Anatomistas y psicólogos... ¡yo os encuentro en todas partes!» Pues bien; si los encuentra en todas partes, convénzase de una vez. ¿No tiene ya la nariz sobre la pista? Vamos... adelante... explíquenos por dónde marcha el siglo en vez de desentenderse ante el movimiento de avance, como si intentara detenerlo. Y lo más raro del caso es que Sainte-Beuve estudió medicina, saturándose, no hay remedio, de la ciencia. Lo dicho por él con respecto á *Madama Bovary*, me parece enormísimo; porque yo no conozco nada más sorprendente y más profundamente humano que la última página de *Madama Bovary*. El hombre que haya pensado un momento tan siquiera instituir ó cambiar esa página bellísima; ese hombre, por muy inteligente que

sea, ha demostrado palmariamente desconocer en absoluto la idea que engendran nuestras obras modernas. Sólo así puede uno explicarse el que Sainte-Beuve haya desconocido la influencia poderosísima de Balzac, que el crítico, así, con toda sencillez, compara á Eugenio Sué y á Federico Soulié, prefiriendo á este último.

Cuanto á los hermanos Goncourt, ya he dicho que fueron mejor tratados por Sainte-Beuve, debido, sin duda, más que á otra cosa, á que el crítico no tuvo interés en leer ninguna de las novelas de estos escritores, y sólo se contentó con leer su libro *Ideas y sensaciones*, en donde halló menos que morder. El artículo que sobre esta obra trata está muy bien hecho, y es uno de los mejores que acabo de leer, pero en el que Sainte-Beuve se muestra con más severa disimulación que nunca. Así, él nos habla de «la irreverencia del juicio que tiende á faltar á su religión primera». Después modula su que-

ja, la misma de siempre. Según su parecer, los hermanos Goncourt perfeccionan la crudeza. «¿Por qué — dice — sustraerse á sí mismo y á los demás, cuando se presenta ocasión favorable de emplear lo agradable, la emoción bienhechora y saludable?» Advierte que los novelistas naturalistas no llegaran á sustraerse por completo: si ellos perciben algunas veces lo negro, es que sus modelos se lo ofrecen. Pero tal es la palabra de orden de las gentes de gusto desalentadas.

Un poco más adelante escribe Sainte-Beuve, presa de un repentino deseo, de franqueza:

«Y puesto que ya he comenzado á descubrirme, no retrocederé en tan buen camino, y acabaré, si es preciso, de perderme en el espíritu de muchos de mis contemporáneos, y de los más queridos: sí, en materia de gusto yo tengo, lo confieso, una gran debilidad, por lo que es agradable.»

Vedlo, pues: he aquí á Balzac. Sten-

dhal, Gustavo Flaubert, los hermanos Goncourt y demás pléyade de grandes novelistas modernos arrojados de un solo golpe en la misma canasta. Ellos no son agradables y los condena.

Procuraré deducir lo más exactamente posible por qué causas Sainte-Beuve vino á desconocer el mérito de los modernos escritores. Evidentemente, existió en él un elemento femineo que le sustrae de nuestro siglo, para llevarlo, todo asustado, hacia los antiguos, convirtiéndole en hombre de biblioteca, gustoso de trabajar sobre los muertos, trabajo siempre más cómodo. A cada momento se le oye exclamar: « ¡Oh! ¡Qué bueno es leer de vez en cuando los antiguos, bebiendo en sus propias fuentes! » Ciertamente: la erudición es excelente en literatura; pero yo siempre estimé que la lectura de los antiguos sólo debe tomarse como una gimnástica intelectual puramente, y como un medio para poder determinar la época contemporánea, estudiando de dónde

vino, dónde ahora se halla, para prever dónde podrá ir á parar. Nada de esto hay en Sainte-Beuve, ó tan someramente se manifiesta en ese sentido, que no es posible tomarlo en cuenta. A mi juicio, el estudio de la literatura es una simple recreación del espíritu. Sainte-Beuve no llega á apasionarse, como M. Taine, por el estudio de las evoluciones que se manifiestan de siglo en siglo, que parten de los comienzos de una literatura y marchan en busca del porvenir. La enorme pira de los artículos de Sainte-Beuve, que podrían formar considerable número de volúmenes, ninguna indicación hacen, ni aun levisimamente, á este objeto.

Sainte-Beuve estudia separadamente á cada escritor, pero apenas se remonta al grupo. Así, pues, él que pudo legarnos una historia del romanticismo muy interesante, sólo nos ha dejado retazos incompletos, imposibles de toda ilación. El más ligero sobresalto que le produjo la corriente de los

tiempos modernos, hízole volver apresurado á los tiempos antiguos, pérdida la serenidad de su espíritu. Así se le contempla, en su juventud, dándose cuenta del romanticismo: después, cuando el romanticismo todo lo invade, turbóse considerándolo síntoma de una catástrofe postrimera, y no vió más adelante. De estas esperanzas fallidas de su juventud, ha sembrado sus artículos. Y en esto estriba el que Sainte-Beuve retroceda tantas veces al pasado, contentándose con mirar de lejos el fragor del combate moderno; es un escéptico que desespera de la posibilidad de una victoria, que no comprende, por qué se baten, pero que, *dilettante* de la inteligencia, se paga de saberlo todo, de comprenderlo todo y todo tolerarlo. Jamás pudo concebir Sainte-Beuve que el movimiento literario de su época, había, por fin, de encauzarse en los novelistas que él no encontró agradables, Balzac, Stendhal, Gustavo Flaubert, los hermanos Gon-

court y posteriores. He aquí el abismo; he aquí lo que á Sainte-Beuve le empequeñece; he aquí, por último, lo que le privará siempre de pasar á la posteridad como un crítico superior.

IV

Imagínese por un instante una historia de la literatura francesa escrita por M. Taine. Esta historia reflejará, sobre todo, la grande armazón de nuestra literatura, de tal manera, que cada ciclo se halle allí representado. Así resultará un edificio completísimo con sus cimientos, sus primeros cuartos y pisos sucesivos, y el todo será deducido lógicamente, pudiéndose montar y desmontar con el auxilio de ciertas leyes. Asimismo podrá estudiarse seguidamente la arquitectura, se obser-

varán los estilos diferentes de cada época, y podrá precisarse con exactitud por qué serie sucesiva de transacciones lentas se ha pasado de un estilo á otro. En una palabra: la obra será la historia misma de la evolución del espíritu francés á través de las edades. Seguramente que toda esta obra de M. Taine se apoyará en un sistema, condensándose en una fórmula puramente mecánica; mas, sin embargo, el plan y el método no dejarán de tener gran exactitud y claridad maravillosa sobre todo. En cambio examinemos la lenta labor de Sainte-Beuve, los numerosos volúmenes en que se han reunido sus cientos de artículos. A poco que nos fijemos, encontraremos allí la primera materia de una historia de nuestra literatura; pero habrá épocas en que no encontraremos muchos escritores que Sainte-Beuve ha dejado de estudiar. Por lo tanto, estos artículos y sus estudios diversos no serán otra cosa que documentos desperdigados sin

relación alguna entre sí, notas interesantes sobre algunos sujetos. Ya sé que es preciso tener muy en cuenta las condiciones en que esos artículos fueron escritos día por día y para llenar las necesidades apremiantes de un periódico, sin ningún plan preconcebido al efecto. Pero tampoco se halla diluido en sus artículos un pensamiento latente, la idea general de una filosofía, la idea de un fin determinado, constante. En esos artículos no se refleja más que la simple curiosidad del erudito; esa curiosidad inquieta ya señalada; esa curiosidad balanceándose á derecha é izquierda en constante equilibrio, que tiene por único objeto la satisfacción de sentirse inteligente, y de demostrar esa inteligencia entre el círculo de los amigos y en los salones donde los demás nos escuchan y nos admiran. Esta es la teoría de Sainte-Beuve; olvido del análisis, no concluir nada, huir de toda síntesis, causa cierta de todo error según él, y, por

último, no dejar tras sí otra cosa que amasijo informe de documentos sin clasificar. He aquí la diferencia entre el plan de la historia de la literatura francesa, que, según nosotros, M. Taine hubiera podido escribir, y esta considerable pila de notas sin concierto escritas por Sainte-Beuve, y que, en suma, no son otra cosa que materiales aportados por un espíritu superior, que podrán un día servir, clasificándolos, después de haberlos rigurosamente revisado y confrontado.

Justamente y á tal propósito, se me viene ahora al recuerdo una frase de Claudio Bernard que dice, con mucha razón por supuesto, que pueden amontonarse documentos durante siglos enteros, sin que por esto avance un paso la crítica, si no trata de sacarse en esos mismos documentos las leyes que rigen los fenómenos. Estudiar el pasado por fragmentos para conocerlo; estudiar los eslabones que les unen unos á otros, esto es de un resultado exce-

lente, y por aquí es por donde debe empezarse. Pero continuar eternamente este sistema sin circunscribirlo á un momento dado, sobre todo cuando se han conocido todos los escritores de una época; abandonar el hilo que les une su ascendencia y descendencia; perder de vista la ley que rige la evolución literaria de las sociedades, es perder lastimosamente el beneficio de los primeros estudios, es limitar voluntariamente su horizonte, es sólo aportar las piedras para un edificio que otro ha de construir. Y este es precisamente el papel desempeñado por Sainte-Beuve, debido, sin duda alguna, á un estado especial de su espíritu. Jamás quiso admitir Sainte-Beuve que llegara á existir una ciencia crítica, como hay una ciencia química; y rehusó siempre penetrar en sus estudios hasta el fondo científico, por un vano escrúpulo de erudito.

La crítica de los periódicos, tal cual ahora se practica por muchos imbéciles y por algunos hombres mal intencio-

nados, resulta por demás inútil ó altamente perjudicial; esta es mi opinión, y para probarlo no hacen falta documentos, porque nada más elocuente que esos mismos artículos nada pensados y escritos al correr de la pluma, bajo la influencia del momento, impregnados todos del espíritu de la locura. Imposible encontrar en esos artículos una opinión que merezca, por su sensatez y claridad, la autoridad necesaria; pues los más sólo se apoyan en juicios absolutos, sin cuidarse del examen de cada escritor, sin remontarse al origen y á la parte que cada cual toma en el movimiento literario de su época. No son la impresión del momento, ni esos golpes de disciplina dados á grandes ó pequeños, según que les parezcan más ó menos sabios, lo que en verdad interesa; lo que interesa, sobre todo, es trazar los grandes rasgos de la literatura de un siglo, el agrupamiento de documentos, el estudio de las luchas entre las diferentes escue-

las, la investigación de la marcha sucesiva de los espíritus hacia el porvenir. He aquí lo que es la crítica, esa crítica científica que consolida y engrandece. Un autor no es una frase vuelta en una página humana y social. Si yo me intereso por un artista y estudio con afán una obra, es porque hay un hombre y á través de él una novedad. En este caso, no soy sólo el artista quitando las cualidades de inteligencia de un autor y juzgándole una página de una obra como gramático y retórico; soy ante todo el sabio que analiza para poder demostrar, digámoslo así, el mecanismo fisiológico y psicológico de un hombre, y por éste conocer el engranaje de una civilización. Sólo por este procedimiento lógrase poseer los documentos necesarios para seguir fácilmente la evolución de los espíritus á través de los siglos; sólo así pueden conocerse las leyes que rigen esas evoluciones, y prever, al fin, hacia dónde se dirige nuestra época.

Y vuelvo á Sainte-Beuve. Sus artículos, bien numerosos por cierto, sobre los escritores de los siglos pasados, son ciertamente los mejores suyos. Hay en ellos gran profundidad y penetración; pero, como siempre, fáltanles el verdadero punto de mira. No voy á entrar en el examen de tal bagaje; sólo haré referencia de uno sobre Mad. Dacier, que viene á confirmar una vez más cuanto llevo dicho. Sainte-Beuve hace resaltar muy acertadamente en este artículo que la querella de los antiguos y los modernos, que conmovieron el fin del siglo pasado y comienzos del presente, se reproduce ahora, que es la misma en el fondo de todas nuestras disputas literarias. Pero Sainte-Beuve no se decide á estudiar ese movimiento para deducir la causa que lo motiva. No voy á hacer yo aquí la historia de esa misma querella que el romanticismo reprodujo á su vez el año 1830, y que nosotros hemos resucitado al presente con el naturalismo. Las posicio-

nes de los combatientes han podido variar; las cuestiones debatidas podían intentarse diferentemente; pero en el fondo, es verdad, en el fondo la cuestión es la misma; esto es, el espíritu científico moderno, rompiendo sus lanzas con el absolutismo pagano ó católico. En tiempos de Mad. Dacier librábase la batalla sobre Homero, del cual acababa de hacer dicha dama una traducción, la que La Motte pretendió engrandecer adaptándole el nuevo espíritu francés. Sin duda alguna, la *Iliada* de este último era terreno detestable para el combate, como lo ha reconocido el mismo Sainte-Beuve, diciendo que sobre éste hubieran podido decir los modernos excelentes cosas y conseguir la victoria. Pero, en mi sentir, este fué el despertar del genio nacional después de los triunfos absorbentes de las literaturas antiguas en pos del Renacimiento. Fué, como el balbucir del espíritu científico, librándose de la tiranía clásica para dirigirse libremente